Libros del Asteroide

Lucía Solla Sobral

Comerás flores

Libros del Asteroide

Para las que todavía estáis en un coche
a doscientos kilómetros por hora

Libros del Asteroide

Hay dos o tres cosas que tengo claras,
y una de ellas es que puedes odiar y a la
vez amar algo que no sabes si entiendes.

Dorothy Allison

Libros del Asteroide

El día en el que mi padre murió, hacía sol y yo tenía hambre. Mi padre murió y bajé a Frida a hacer pis. Mi padre muerto y yo lavándome el pelo, eligiendo pendientes, probándome blusas. Ese día tuve que comprar el pan exactamente como cada día, ni muy tostado ni muy crudo, tender la ropa a la vuelta del tanatorio y ponerme los retenedores antes de dormir. Esa noche, vi a mi sobrino llorar y reír. Yo también lloré y reí. No sabíamos qué hacer con tanto dolor en los pulmones. Por las mañanas, me despertaba como si me hubiese quitado un peso de encima. El de la espera constante a la muerte desde la silla para las visitas. Papá había muerto y ya no tenía que esperar a que muriese más. Escuchaba sus zapatillas arrastrándose por el pasillo a la misma hora a la que él se levantaba de madrugada para ir al baño, pero papá ya estaba muerto y sus zapatillas guardadas en el neceser que trajimos de vuelta del hospital. Su teléfono seguía sonando, porque su operador no sabía aún que papá estaba muerto. Al principio, no quisimos dar de baja la línea. No por si volvía, sino porque la muerte es contagiosa y se nos quitaron un poco las ganas de vivir

Libros del Asteroide

o, al menos, las de continuar con los trámites. A veces, contestaba esas llamadas. Eran de algún conocido despistado que decía: jefe, ¡que hace mucho que no te molesto! Y tenía que decirle que papá había muerto y que sí, que ya fue el funeral y que sí, que llevaba unos meses muy mal y que sí, que era normal que no se hubiese dado cuenta si no lo había visto últimamente por la calle con veinte kilos menos, un bastón y un parche en el ojo. Otras veces, era un amigo con alzhéimer que lo quería invitar a comer lamprea. Algunos días le explicaba que papá ya no estaba y otros le decía que le pasaría el recado. Mamá, aún hoy, cuando se encuentra a alguien que no se ha enterado todavía, se bloquea y se desangra y escarba y se va, porque siente que al decir que papá ha muerto lo está volviendo a matar. No dice muerto. Nunca. Yo tampoco fui capaz hasta muchos meses después. Mientras tanto, dije mi padre no está, se fue, nos dejó, no tengo padre, falleció. No sé si es verdad eso de que no tengo padre, pero sí que tardé mucho en decir que el padre que yo tenía murió.

Antes de morir, papá me dijo: piojita, el amor es lo más importante que hay en la vida. Y yo le creí tanto que casi me quedo sin aire. Tanto le creí que no le pregunté el amor de quién, qué amor, papá, ¿el de Diana vale o tiene que ser otro? ¿Un amor como el de mamá y tú, que nunca discutís, o un amor como el de Alberto y Bea, que se odian pero se defienden? ¿Un amor como el de la tía Loli hacia la abuela, aunque le tenga que recordar cada tarde que es su hija, o como el de mis tíos los que no quisieron tener hijos y viajan todo el rato y mamá tuerce el morro no sé si porque vosotros tenéis tres hijos o porque tú solo quisiste viajar a Portugal? Antes de

Libros del Asteroide

morir, papá estuvo casi un año ingresado en el Hospital Clínico Universitario de Santiago de Compostela. Mis hermanos y yo hacíamos turnos. Yo dormía con él los domingos, lunes y martes. Tres días y tres noches que me tiraban de los párpados hacia arriba y que me llenaban el estómago de murciélagos y de restos de puré. Desde mis siete años, esperaba la muerte de mis padres imaginándome una y otra vez qué edad tendría yo cuando ellos fueran viejos. Cuatro angelitos tiene mi cama, cuatro angelitos que me acompañan, cuarenta y ocho que tiene mamá menos siete míos son cuarenta y uno, con Dios me acuesto con Dios me levanto, ochenta y cinco, que es la edad con la que murió la abuela, menos cuarenta y uno son. Necesito un papel. Cinco menos uno, cuatro, y ocho menos cuatro, cuatro. La Virgen María y el Espíritu Santo. Si papá o mamá mueren con ochenta y cinco años, yo tendré cuarenta y cuatro y Alberto y Bea todavía podrán cuidarme para que no esté triste y me dejarán ver *La pajarería de Transilvania* siempre que quiera y comer regalices de los gordos, de los rellenos de blanco, siempre que quiera también. Amén.

Pero calculé mal. Calculé fatal y ni con tantos años de entrenamiento pude imaginar ese dolor que me dejaría fuera de la vida que había conocido hasta ese momento. Que me arrastraría por una pierna hasta apartarme a un lado para no interrumpir las vidas de las otras personas, de las normales, las que vivían sin ese dolor que aprieta la nariz y tapa la boca y te escupe en los ojos y que se te sube a los hombros para que no puedas más, para que, de verdad, no puedas ni un poquito más. Papá también tenía miedo, dejó de creer en Dios en el peor momento. Confundía las pesadillas con la realidad, te-

Lingua del Arcoíde

nía delirios, veía arañas, le obsesionaba el dinero. Y dejó de comer. La nutricionista del hospital le pedía que comiese, se lo pedía la psicóloga, se lo pedía Ramón, el cura, se lo pedía yo, su piojita, pero papá no abría la boca. Pasaba las tardes viendo un programa de un hombre engullendo bocatas gigantes. Papá tenía los ojos llenos de hambre pero en la boca no le cabía ni una miga de pan. A esa hora de la tarde, mientras él veía comer, yo recorría el pasillo de la planta de una punta a otra buscando agotar al tiempo. Solo quería volver a casa, ¿a qué casa?, y acariciar la barriga de Frida.

Yo quería volver a vivir sola. Pero Diana, que también quería vivir sola, no tenía dinero suficiente. Ella decía que al ser yo libra y ella leo, podíamos estar juntas todo el rato porque yo no la saturaba y ella ponía lógica en mi vida. Y a mí ese intercambio siempre me pareció bien. Mi madre nos llamaba Pili y Mili, su madre las dos Marías. En la universidad dormíamos la siesta juntas y nos despertábamos oliéndonos las babas. Las de ella olían a leche caliente con colacao, las mías a patatas de bolsa y a brackets. Hacíamos todo juntas y si no podíamos nos husmeábamos a la menor distancia posible. Por ejemplo, Diana y yo estudiábamos carreras diferentes, pero yo iba a la biblioteca de su facultad, aunque fuese más fría y pequeña, y ella iba a merendar a la mía, aunque fuese la Facultad de Filosofía. Por ejemplo, si yo tenía una cita con un chico, ella me acompañaba a espiarlo hasta que me atreviese a plantarme delante de él y me esperaba en casa para decirme que no le gustaba para mí. Pero Diana, a mí me gustó. Pues a mí no. Pero si aún no lo

Libros del Asteroide

conocemos bien. No, no y no. Por ejemplo, yo en Compostela tenía un estudio pequeño y húmedo para mí sola, pero dormía todas las noches en un colchón en el suelo al lado de su cama en el piso que compartía con dos estudiantes más, una que cocía el pollo para no engordar y otra que limpiaba la nocilla del cuchillo en el borde de la encimera. Diana me pisaba la cara cuando iba a hacer pis de madrugada, me despertaba hablando en sueños, me asustaba con el ruido de su colchón, que sonaba como si tuviese ratones chillando dentro. Porque Diana no era discreta ni para cambiarse de posición en la cama. Ella todo lo hacía a lo grande. También quererme. Y yo la quería tanto que se me inflaba el pecho como una gaita. Diana a mí me llamaba Marinador. Cenábamos leche con galletas digestive viendo el tarot o el porno de la tele local. Menos los domingos por la noche. Los domingos volvíamos a Compostela después de pasar el fin de semana en casa de nuestros padres, rodando las maletas como si llevásemos piedras, todavía con el guiso y el mar pegados a la ropa, con los ¿estás comiendo bien? y los pon una manta encima de la colcha que hará frío. Nuestra piel aún estaba rojita por los abrazos de lana de nuestras madres y nosotras ya estábamos dejando otra vez las maletas en el piso de Diana. Entonces íbamos al bar de abajo, Don Bocata, a cenar dos 36: bocadillo vegetal con queso y huevo para Diana, sin queso ni huevo para mí. De postre, flan con nata para ella, nada para mí, gracias, ella no se saciaba nunca y yo siempre estaba llena. Diana vaciaba la maleta el domingo aunque estuviese muerta de sueño, yo la tenía abierta durante toda la semana en un rincón, medio deshecha, gritándome que ya era mayor y no quería volver con papá y mamá

Libros del Asteroide

pero tampoco quedarse ahí. Yo a ella la llamaba Dino. En la biblioteca yo estudiaba y Diana sangraba por la nariz. Una mañana, sentadas en el escalón de la entrada, inclinándole la cabeza hacia arriba para que no se tragase la sangre, me dijo: tía, tienes una cara preciosa. ¿Yo?

Diana tenía toda la seguridad que yo no tenía, pero me la prestaba. A Diana no le asustó cambiarse de carrera, así que a mí no me asustó cambiarme de Filosofía a Periodismo. A Diana no le importó empezar a trabajar en una franquicia de muebles y decoración con normas rígidas sobre maquillaje y peinados, así que a mí no me costó nada aceptar mi trabajo como redactora de contenidos especializada en succionadores de clítoris, cócteles, inteligencia emocional o las diez mejores rutas para comer pintxos. Diana no le tenía miedo a nada y yo le tenía miedo a todo pero, a su lado, un poquito menos, porque Diana podía ser Diana por ella y por mí.

Yo quería vivir sola en la ciudad después de dos años en un pueblo. Pero, cuando me di cuenta, estaba sentada en un salón con ella, escupiendo zumo por la nariz recordando las negociaciones con el que ya era nuestro casero. Cajas, colchones nuevos, mis vinilos, sus series. Y una mampara que no cierra y una nevera que hace ririririri y unas ventanas que se comen todos los sonidos de la calle menos el de las sirenas. Cinco, diez, quince ambulancias al día con sus sirenas gritando, con los enfermos y sus acompañantes con las piernas inquietas, mirando el calendario, repartiéndose las horas, la manta, el menú, los cuidados. ¿Cómo distribuimos las alacenas? Para mí las de arriba que soy más alta. Y más cajas de mudanza y toallas de Portugal y botes de especias cadu-

Libros del Asteroide

cadas dentro de tarteras y sartenes de inducción para una cocina de vitrocerámica. Decoré mi habitación con un flexo y algunas entradas de conciertos pegadas por las paredes, Morrissey, Hidrogenesse, Patti Smith. Guardé las sábanas del casero y ya solo quedaba ir a por Frida.

Volver a vivir en una ciudad significaba poder decidir con qué aburrirme otra vez, volver a tener a mucha gente apretándose en mis ojos y volver a tener muchas vidas. ¿Quería ir a clases de cerámica o prefería buscar un trabajo mejor pagado? ¿Quería ahorrar o seguir a Diana de fiesta en fiesta? Yo quería quedarme quieta en alguna ciudad y decirle a mi hermana ¿ves?, no es verdad que no quiera vivir cerca de vosotros, ¿ves?, coloco aquí mi ropa en mi nuevo armario aunque huela todavía a la ropa de los anteriores inquilinos. Y ese ruido. Ese maldito hospital provincial que podía ver desde la ventana. Me tenía los pulmones silbando, agujereados de tanto recordar.

Libros del Asteroide

Tengo: una perra, una amiga, una madre, dos hermanos y un padre muerto.

Libros del Asteroide